



DÍAS DE MUERTOS



GERARDO LIMA  
**DÍAS DE MUERTOS**

Título: *Días de Muertos*.  
Primera edición: octubre 2023.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.  
Dirección: Manuel Arcas Castillo.  
Coordinación: Ana Martínez Castillo.  
[www.inlimbo.es](http://www.inlimbo.es)  
[www.facebook.com/InLimboEdiciones](https://www.facebook.com/InLimboEdiciones)

Del texto: © Gerardo Lima Molina.  
Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.  
Imagen de cubierta: © Rosa Aguilera García (@besobelga)  
Corrección: Juan García Rodenas.  
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.  
[www.cofassa.es](http://www.cofassa.es)

ISBN: 978-84-126583-4-7  
Depósito legal: AB 511-2023  
IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



**InLimbo**  
Narrativa

*A José Fidencio Constantino Síntora.  
Por haberme sostenido cuando ni siquiera  
me era posible caminar.*

## La puerta de un corazón abandonado

El desierto, dices, es una mancha que no puede quitarse de la piel. Yo te respondo que, en realidad, es un gusano adentrándose en la herida sin cerrar. Asientes con una sonrisa dibujada en tu rostro cansado. El vendaval convierte el azul recio del cielo en un lienzo de marfil y plata. Las ráfagas tuercen sus caminos en el aire y rasgan la ropa y las mejillas. Se meten entre mis axilas y, supongo, entre tus pechos. Sudor frío. Los latidos del desierto son cada vez más fuertes. Ha despertado, te digo, el rumor, y tú cierras los ojos. Tratas de ocultármelo, pero noto tus miembros temblando. Los dos temblamos. Es la llegada de algo monstruoso y al mismo tiempo divino. Quisiera abrazarte, quedarme unido a ti, ver en tus ojos la rotunda oscuridad, los remolinos, y atravesar el fuego que se avecina. Pero es mejor que yo me vaya, murmuras. Que de mi boca y de mis dedos surja la verdad de lo que he visto. Contemplo, entonces, tu obra, y desespero. No eres ya materia, pues tu carne se ha enlazado con lo divino. Trato de darle calor a mi cuerpo, pues con los brazos en un nudo el escalofrío duele menos. De nada sirve. Cuando abres los ojos, mi corazón se detiene y la piel toda se tensa al ser golpeada como si fuera un tambor. De cierta forma lo soy, a través de mí llegará tu música.

Me gusta hablar por medio de metáforas, con elipsis que se acercan a la esencia de las cosas sin tocarlas nunca. Percibo el

aroma, el tufillo de la antigüedad, y también de la amenaza. El desierto es el hogar de las bestias. Los antiguos apaciguaban los aromas de lo salvaje elevando el humo en inmensas columnas. A veces, ellos podían oscurecer las notas del peligro, o exacerbarlas para saber a dónde huir. Aquí estoy, ante mi última guarida, el último lugar que me ha contenido, porque después de tu despertar no hay nada más allá, ni sobrevivirá la sierra ni los lagos ni las dunas: todo será una mancha, no del desierto, sino del vacío. Una mancha invisible para señalar el abismo.

¿Cómo iba a saberlo?



Alfonsina empezó a sentirse mal después de haber regresado de un viaje a la costa de Oaxaca. Estando allí no hicimos distinciones, hasta las playas más populares fueron holladas por nuestros pies descalzos. Nos tumbamos aferrando bebidas alcohólicas con sombrillas fosforescentes y nos sentimos como la pareja más afortunada sobre el planeta. Incluso charlábamos durante horas después de la comida, antes de irnos a bailar o de hacer el amor.

No éramos exhibicionistas ni aventureros y, sin embargo, pasamos un par de noches tratando de ajustar nuestros movimientos al de las olas, ignorando el miedo que sentíamos mientras flotábamos en el agua negra, y nuestros cuerpos se unían en un acto que tenía más de deporte extremo que de caricia. El mar siempre me ha dado miedo. Bajo él podrían habitar criaturas como no he imaginado jamás, inmensas, peligrosas. En cambio, a ti lo que te daba miedo era el desierto.

Te había dicho que deseaba ir: quería nadar sobre las dunas. «Pero eso es deslizarse, tonto», me dijiste muchas veces, tratando de ocultar la intensidad de tu rechazo. ¿Por qué te da miedo el desierto?, te pregunté una y otra vez sin obtener respuesta. «Vas a tener que conformarte con la arena de las pla-

yas». Y así lo hice. En Quintana Roo, en Guerrero, Tabasco u Oaxaca. El último paradero, el que debía abrirnos las puertas a unas visitas que, planeábamos, nos llevarían por toda la costa del país, y más allá. Lo que fuera por ti. ¿Qué nos detenía?

La música se había convertido en un baluarte. Un acordeón, mi voz, una guitarra y mis manos sobre los instrumentos distorsionados. Había creado algo a medio camino entre la polca, la música oaxaqueña, el klezmer y el folk noreuropeo. Música mística, decías. «Cuando te escucho percibo el calor de Dios». Mis armonías hablaban, también, del desierto, del cardenche adentrándose en la piel, del calor metido bajo los ojos. «No necesito viajar al norte si te tengo a ti y a tu música».

*Yo ya me voy amigos míos.  
aquí los dejo y aquí los dejo  
con una flor entre manos...*

¿Cuánto tiempo nos fue concedido? ¿Lo recuerdas? Antes de todo esto, del pueblo allá enterrado bajo la mirada atenta de la sierra. Qué de augurios debimos haber visto sin darnos cuenta, ignorándolos. ¿Sabías que la palabra «augur» proviene del arte de adivinar el futuro mediante las señales causadas por las aves? Un augur era un adivino; en el vuelo de los cuervos, de las urracas o los tordos o golondrinas, se veía la señal inequívoca de una muerte, de un nacimiento... una amenaza. Justo arriba del pueblo vuelan en círculo las rapaces. Águilas de montaña que han bajado azuzadas por el olor característico de los infiernos: el humo y el carbón que provoca ondas en el aire.

Tú misma lo has dicho, las confesiones que te han hecho algunos de los miembros de la Iglesia. Ya no hay cajitas en Espinazo. Estamos fingiendo. ¿Cuándo vendrá alguno marcado por los dones y se dará cuenta de que lo divino ha huido de nuestra tierra, de tu piel? Lo que hay ahora, lo que ha dejado

el Santo... o lo que fuera, es el tufillo del infierno y la carne descompuesta, nada más.

El Santo Niño Fidencio ha terminado por abandonarnos. Tal vez nunca estuvo para recibir a nadie. ¿Quién lo hizo? ¿Qué hay bajo tu piel, Alfonsina?



Allá las tolvaneras, y tú cada vez más lejos, a pesar de que mis manos no han dejado de aferrarse a tu carne. Que te desprendan de mí, si pueden, que me lleven entonces. Es noviembre, un mes ideal para desaparecer. No le he preguntado a las fuerzas allá arriba si mis deseos son posibles. ¿Qué puedo realizar? Si pidiera una sola cosa sería devolver todo esto al primer punto. ¿Aún hay espacio en ti para los recuerdos?

La primera vez que cruzamos el país, cuando tú aún eras tú, nos largamos a Durango. Escuchamos durante tres días seguidos canto cardenche, que no quisiste sacar de tu cabeza, y no lo harías nunca más. Tienen razón, dijiste, como la espina que se aferra a la carne y nunca sale, así es su música. Te pusiste un sombrero y decidiste ser una mujer duranguense que fumaba viejos cigarros de yerba y te sentaste en el asiento del conductor, subiste los pies como pudiste, cruzados, en el tablero. ¿Quién te iba a sacar de allí?

Y, como en esa canción, cuando me viene el recuerdo me dan ganas de llorar.

Cuando vinieron los dolores y la quimioterapia no hacía más que dejarte como un animal herido acostado a la orilla de la carretera; empecé a buscar los mejores rastros que me llevaran a la senda adecuada para aliviarte. Que encontráramos a un chamán, una curandera, a la misma causa prima de lo divino... no importaba, lo que fuera, con tal de verte otra vez de tu color, tus uñas como perlas, tus ojos tan oscuros y brillantes como piedras de serendibita, y tu cabello arremolinado

como..., aunque no te gustara que te lo dijera, el desierto vivo a medio día.

Tú serías capaz de hacer brotar de nuevo el arroyo más seco de la sierra, la veta más profunda, apagada. En muchas ocasiones te giraste en la cama para observarme durante largos minutos sin decirme nada. No me hacías sentir incómodo porque tu mirada ya era una caricia, y si faltaba un poco de tacto, estirabas tus dedos hacia mí y tomabas mi rostro. ¿Será que lo nuestro es solo lujuria revelada por las noches, a media tarde? ¿No hemos aprendido a trascender el deseo? Sin amor en la mirada, sin palpito profundo bajo el pecho. Tenías miedo, y aunque jamás lo hubiera aceptado, yo también lo tenía. Me preguntaba en ciertas tardes cuando no hablábamos y nos la pasábamos tumbados frente a la televisión, fumando o escuchando música de acordeón, de orquesta, metal sinfónico, si seguíamos juntos por costumbre, por deber. Era estúpido, ¿qué nos debíamos? Ni siquiera ahora. Si todo sale bien... no habrá nada que pagarme. A mí no, a nadie, ni siquiera a los habitantes de las estrellas, de los cielos tan lejanos.

Me dio tanto gusto cuando aceptaste recorrer conmigo el camino hacia el norte, cuando nos hablaron del Santo Niño Fidencio. Es milagroso, nos dijeron, y creímos cuando vimos los videos, cuando leímos sobre lo que él representaba, y que todavía su poder seguía aquí, en las «cajitas».

Una tarde en que te sentías especialmente mal porque te habían disminuido la dosis de un medicamento que te estaba intoxicando, yo traje leche, chocolate en barra, pan con ajo y una pizza enorme que jamás nos acabaríamos a pesar del hambre. Tomabas ácido fólico bromeando sobre ello, que lo hacías porque te preparabas para tener un hijo. ¿Sería mío? Claro, estúpido... si me consientes lo suficiente. ¿O sea que hay condiciones, es una competencia? Siempre estamos compitiendo. Reías y luego todo se volvía mucho más oscuro porque al abrir la ventana y descubrir el mar de montañas te entristecías pensando en el hijo que jamás me darías, por más

que trataba de animarte, de convencerte que eso no es lo único que te convierte en una mujer plena, pues antes estás tú, ni siquiera yo, y nunca me has debido nada. Si no son cacahuates, Alfonsina.

Esa tarde apenas hubo. Guardaste la bolsa grande de botana porque querías hacer espacio para la pizza y el pan de ajo (sospechaba que tenías varias escondidas por toda la casa, y estaba en lo cierto, pues una mañana solitaria en la que estabas en el hospital, poco, muy poco tiempo después de aquella memorable jornada, me la pasé limpiando la casa y descubrí un par de bolsas abiertas con cacahuates rancios, y me puse a llorar mientras los tiraba porque imaginaba en ellos un rastro de tu cuerpo marchitándose hasta morir). Comimos hasta hartarnos y luego pusimos un par de discos y nos deslizamos al ritmo de la música vieja. Nos encaminamos a la recámara y nos despojamos de la ropa mientras te disculpabas por los cambios en tu cuerpo y yo besaba cada sitio que me señalabas. Hicimos el amor con ternura y no dejé que las lágrimas que brotaban cada tanto, un tiempo eran las tuyas y al siguiente las mías, enturbiaran el manto que tejíamos sobre la relación que (imaginábamos) terminaría deshilachada, un tablón sostenido tan solo por una de las partes porque la otra ya no tiene fuerzas para seguir en pie.

Nuestro encuentro, que debió dejarnos agotados, nos dio fuerzas, sin embargo; regresamos a la ropa y a la pizza, al pan con ajo que devorabas poniéndole un poco de salsa de tomate con especias y después me miraste para decirme que tenías ganas de hacer algo. Era por la pizza, por la grasa dándote fuerzas, haciéndote sentir otra vez tú, una bella mujer en sus treintas, inteligente, creativa. Quizás hasta escriba un libro, dijiste, y luego tomaste tu celular para hacer un par de llamadas. Hoy hay una fiesta, trataste de explicarme, pero yo te cerré los labios con un beso compungido y lleno de ternura. Vamos a donde tú quieras, respondí.

La fiesta, que imaginé terminaría agotándote por todo el caos y el aluvión de furia y alcohol, acabó siendo una reunión de amigos que divagaba sobre la filosofía y el encierro provocado por la pandemia más reciente. Algunos te miraron con compasión, pero otros con sincera alegría. Natalia, una expatriada francesa cuyos motivos reales nadie sabía, pero que tampoco eran importantes, se acercó a decirte que necesitabas un cambio de aires, y quizá la cercanía con lo divino.

Yo la dejé hacer porque Natalia siempre ha sido una amiga sincera, preocupada (al menos así me lo ha parecido) por ti. Ella habló de la sanación a través de la imposición de manos, de Pachita, la chamana mexicana que hacía operaciones con los dedos desnudos, que entraba al cuerpo y sacaba aquello que afligía al enfermo, que podía ser una piedra, papel mojado, pelo, coágulos incluso. Pachita aprendió de un Niño Santo, de uno de los verdaderos ungidos. Lo que necesitas, Alfon, es de una visita al Niño Fidencio.

Ya lo conocía de oídas, uno más de los santos populares del desierto, junto a la Santa Niña de Cabora, San Malverde o Juan Soldado, que forma parte de las creencias de los espacios desolados. Al Norte Místico nos vamos, pensé, casi con sorna, para escuchar a Natalia y sus ojos verde agua, tan profundos cuando hablaba de los temas que domina. El Niño Fidencio no es una figura santificada por el narco. No ayuda a los criminales a salir de un problema ni desvía las balas de la policía o del ejército. No es un comandante de las huestes sanguinarias, sino un hombre dulce que curaba en Espinazo, un pueblo metido en el desierto, ya cerquita de las montañas, donde con su saliva limpiaba los ojos de los ciegos y con su orina quitaba los males de las articulaciones y los músculos, y devolvía la paz a los alebrestados, la tranquilidad a los afligidos por medio del movimiento de un columpio, de su voz y su risa. Un santo que ríe, pensé, sería agradable para Alfonsina, para aliviar los dolores y cambiar la aflicción por el jolgorio.

Yo soy Isaura Murguía, ¿qué necesita? ¿Una lectura de tarot?

No, algo mucho más grande. Le dije mi nombre a la voz dulce al otro lado de la línea y primero pareció relajarse con el reconocimiento de una misión sencilla. Nada de otro mundo, pues. Luego llegó la preocupación, la voz entonando las notas de disculpa.

Algo pasa en Espinazo, dijo, y no sabemos qué es. Acá se aceptan los agradecimientos, las visitas, por supuesto, e incluso el apoyo económico, pero las cajitas están teniendo problemas... curar a la gente ya no es tan sencillo. Ni siquiera la fe de los peticionarios ha bastado. El Niño ha abandonado Espinazo.

No entendí a lo que se refería Isaura, una tarotista a quien fuimos derivados por gracia de Natalia. Es una mujer confiable y organiza visitas a Espinazo, tanto del lado de Nuevo León como de Coahuila. Aunque la ciudad regia es mucho más turística y agradable a la vista, además de poseer sus aires de cosmopolitismo y folklore autóctono a partes iguales, para un visitante del sur podía ser más barato conseguir alojamiento en Monclova.

En su tiempo, cuando joven, Isaura había sido una de las cajitas más prometedoras de Espinazo, a pesar de que no había nacido en Nuevo León. Había quien la hacía originaria de Sinaloa, pero otros aseguraban que sus pasos habían surgido en Durango y que el aire místico lo traía de su familia. La herencia era fuerte en Isaura.

Hablamos con ella al día siguiente. La fiesta con nuestros amigos nos retuvo hasta la madrugada; de no haber sido así, nada más llegando Alfonsina hubiera tomado el teléfono para ponerse en contacto con la antigua cajita. Todo fue perfecto, pero las palabras de Natalia, la promesa de encontrarnos con

el Niño, la guía de Isaura, me habían hecho sentir incómodo. Todo se había arruinado, así lo sentí, al descubrir un velo que debía mantenerse así.

Casi puedo decir que las palabras de Isaura, que el Niño Fidencio había abandonado Espinazo, me hicieron sentir aliviado. Nunca fui un hombre de fervores, y contemplar las pupilas dilatadas de Natalia al hablar del Niño Santo me hizo sentirme como parte de un culto, de una vieja herejía que adoraba a una mancha en el desierto.

Sin embargo, no era yo, yo qué importaba. Era Alfonsina. Teníamos que probar, despertar nosotros mismos al Niño, o invocar uno nuevo a fuerza de rezos.

Pueden hacer el intento. No pierden mucho. Al menos, el cambio de aires le hará bien a tu esposa. Dicen que la tierra de Espinazo tiene propiedades curativas, o serán las dunas o el veneno de los alacranes, las serpientes mordiendo el polvo, las estrellas, el cielo tan clarito, el calor desplegado en la piel o el frío afilado como un punzón. Es el desierto el que cura.

Es el desierto, Isaura. Tenías razón. Es el desierto.

Realizar el viaje no fue sencillo. Tuvimos que esperar a que Alfonsina se estabilizara. Recayó tanto que pensé en la crueldad e ironía de las circunstancias. No me sentía ya cerca de la solución, la cura, como lo hacía Alfon, al menos por unos momentos. La oscuridad ya había empezado a rondarme. Estaba harto de los doctores, de estudios y medicamentos. ¿Qué puede soportar?, ¿cuánto puede hacerlo?, ¿cómo lo hará? Preguntas vanas de oncólogos descubriendo los retazos del cuerpo de mi esposa.

Cuando fuimos a Oaxaca ya sabíamos todo. Por eso el viaje. Además, los auspicios eran más que positivos. Te operarían, te darían medicamentos y el cáncer sería tan solo un mal recuerdo. Regresamos de allá y empezó la negrura, el senti-

miento de no haber hecho lo suficiente. Después mejoraste y empeoraste. Fuiste una ola, aunque yo pensaba en dunas y lo sabías porque soltabas una sonrisa a pesar de todo y pedías que me callara, que se fuera el pensamiento, aunque eso era imposible. ¿Cómo sabes que estoy pensando en el desierto? Eso es fácil, porque tú eres una sabandija amante del calor. Punto para tu equipo, mi amor. La arena y los cardenches, los matorrales y la piedra, el sol adusto, el alma de aquellos tonos amarillos me derriten. Tú eras, pues, un médano, y otra vez alcanzaste una cresta. Ni siquiera en los peores momentos de esa etapa bajaste lo suficiente para trastabillar en el valle de los muertos.

Cuando muera, ¿me pondrás una ofrenda? ¿Cuál sería la comida con la que me esperarías? Yo, molesto, mi rostro una roca cuando en realidad es una cascada. No te mueras, Alfonsina. No te morirás. Por favor, cariño.

Un par de meses en los que recobraste la salud me sirvieron para hacer los preparativos. Alistar el coche, programar mis vacaciones, organizar algunos eventos grandes en los que participo con todo el entusiasmo que me genera el verte alegre, el movernos hacia el punto adecuado, el que creemos que lo es, a pesar de Isaura o de las recomendaciones de otros amigos: «Deberían ir con la chamana...», «No hay nada mejor que la medicina occidental...», «Una tía se curó con unas yerbas amargas que...», «Conozco a una santera que podría...», «Un doctor en Estados Unidos que salvó a mucha gente durante la pandemia ha dicho...».

No importaba. Ellos no sabían que haríamos todo lo posible para hacer venir a la Divinidad misma si era necesario. Todo con tal de que el cáncer de Alfonsina desapareciera.

Cuando volviste a sentir que la fuerza de tu cuerpo volvía a crecer, hice las maletas, llamé a Isaura y ella nos dijo que esperaríamos. Realizó una tirada de tarot para saber si nuestro viaje era propicio. Las cartas eran un caballo de bastos, La Estrella

y El Juicio. Podíamos proceder. Encontraríamos lo que tanto buscábamos.

Por supuesto, Isaura no sabía que ya estábamos recorriendo la senda de la Apoteosis. Pronto, contemplaríamos al Señor en su Carro, con los ángeles y demiurgos danzando y cantando alabanzas en su gloria. Y yo, en lugar de anunciar el Horror con una trompeta, tocaría el acordeón para informar la buena nueva: que el agente divino, el veneno primero de Dios, desciende coagulado hasta tocarte y entrar por tus dedos, y así curar y transformar tu carne en algo más que un becerro, que un pez solitario en el inmenso océano. ¡Contemplad, impíos, la llegada de la Diosa, el descenso de la Materia del Horror!



Tomamos una ruta más larga porque quisiste conocer Zacatecas, recorrer los palacios nacidos por el esfuerzo minero, por el metal extraído del Inframundo. Comimos muy cerca de la catedral de cantera rosa y me hablaste del cardenche, de si existía una posibilidad de que mi acordeón se uniera a la voz elevada a través del desierto y las montañas. Me miraste y esperaste una respuesta. No es Zacatecas el lugar ideal para intentarlo, respondí, y luego te dediqué una sonrisa porque supe que seguiríamos desviándonos hacia el oeste. Iríamos a Coahuila, a comer gorditas en Torreón y a quejarnos del calor. Y luego que venga la picadura súbita del alacrán y me haga levantar la voz para dirigirnos, raudos, aún hacia el oeste, a Mapimí.

Me pregunté por un momento si recorreríamos el Camino Real de Tierra Adentro, si terminaríamos por cruzar hacia Estados Unidos, hasta llegar a Santa Fe, y tal vez más allá. ¿Qué nos faltaba? Pero tú, feliz como una chiquilla que ha encontrado de pronto el súbito clamor de un beso dado por el padre amoroso, me pediste que en Mapimí te compusiera una canción.

Estando en el pueblo minero saqué mi acordeón y jalé el aire que venía con el rumor áspero de las montañas. La garganta, sin embargo, seca. Una cerveza y unas gorditas para reponer la energía sudada. Te has puesto amarillo, me dijiste, y ahí, con esa frase arranqué pensando en un viejo himno nacido en Mapimí: *Amarillo no me pongo, Amarillo es mi color*.

Ya el ritmo descendiendo por las montañas, y los tonos de la música nortea en mis dedos y las reverberaciones del cardenche en mi garganta, dejé el vaivén del acordeón para cantar sin otro acompañamiento. Una canción para ti: «De Mapimí salió mi corazón, y contigo se quedó, si a ti mis sueños dedico, si eres todo mi color...». Una letra estúpida, una composición mediocre, pero te gustó. Éramos uno con el aire y con la arena. Ni cómo desmentirte, Alfon, si mal no la pasamos en Durango. Apenas fueron unos días, pero no queríamos abandonar aquel calor, aquel desierto. ¿Y si nos quedamos aquí, Alfonsina?, te pregunté, que este clima seco cure tus dolores, que el veneno de los rastros se lleve el que recorre tu cuerpo. ¿Te gustaría?

Tal vez lo habríamos hecho, pero me pareció injusto. Si de veras había algo en el lodo de más allá, en el clima del último norte de nuestra geografía, ¿por qué negártelo? Te sentías bien, aguantarías el viaje, el regreso hacia el oriente. El descanso era necesario, pero volvías a sentirte con fuerzas, y había algo peor, algo peligroso: tenías ya esperanza.

Pasamos una noche más en Mapimí, con la música en nuestras cabezas, e hicimos el amor como un par de forajidos huyendo hacia la frontera. Desde aquí, pensé, sería tan fácil alcanzarla. Unos mil trescientos kilómetros hasta Santa Fe. ¿Huíamos, incluso en pensamiento, Alfon? ¿Huíamos?

La mañana me recibió sin ganas de devorar gorditas de chicharrón ni de discada. El mal sueño me dejó con necesidad de café y nada más. En carretera, rumbo a Saltillo, me preguntaste qué había soñado y preferí no decírtelo, pero tu insistencia me hizo flaquear. Después, cuando llegamos a Espinazo,

cuando *encontraste* al «Niño», a tu muy personal representación del «Niño Santo», pensé que lo que te había contado había terminado por influirte de una manera desagradable. Ahora entiendo que en realidad fue una profecía.

En el sueño es de noche y yo permanezco hincado frente a una capilla achaparrada, toda pintada de amarillo, a excepción de las cúpulas, la principal y las pertenecientes a las torres, que exhiben una tonalidad naranja especialmente vibrátil. Es un pueblo cercano al desierto. Se siente en el calor, a pesar de la hora, y en el cielo limpio colmado de estrellas. En las rodillas, dolor. Punzadas que, imagino, son picaduras de algún insecto ponzoñoso. Entonces tú llegas. Te doy la espalda, pero no puedo girarme. Avanzas descalza por la tierra y las rocas sin lastimarte. No hay nada que te impida llegar hasta mí. Cuando veo tus pies descalzos me queda clara la razón: tus plantas no tocan el suelo, te deslizas sobre la arenilla y las rocas, son las pulsaciones de mi corazón las que han asemejado el sonido de tus pasos. Vistes toda de negro, con una cinta amarilla que nace desde algún lugar de tu cabeza y desciende por la túnica. De tus cabellos embozados surge una corona radiante: rayos henchidos de una luz tan potente que me hieren. Tu resplandor es inmenso y cruel. Te admiro y trato de dirigir mis palmas abiertas hacia ti. La palabra que busco es «veneración». Yazco postrado ante tu gloria, y es momento de que hables, de que abras tu imperiosa boca y sueltes las cadencias de lo divino y de lo infame. Eres oscuridad, pero a esa oscuridad yo sirvo. Pronto me doy cuenta de que me pides un himno, que te entone desde lo más profundo de mí un rezo que describa, aunque sea de una manera imperfecta, tu inmensidad. Pienso que esto es el cardenche en realidad: un canto que se clava como la espina, sin mi acordeón ni ningún otro instrumento más que mi voz. *Yo ya me voy a morir a los desiertos...* inicio, y luego la entonación cambia, se hace más profunda... *pero tú me has, de nuevo, a levantar*. Luego despierto con el corazón

queriéndose salir de mi cuerpo. Tú duermes y yo trato de no moverme porque el día que nos espera será largo.

Llegamos a Espinazo tomando la desviación hacia Hipólito y de ahí hacia el norte, hacia Castaños. Hicimos nuestra reserva en Monclova, por ser una ciudad más cercana y barata que Monterrey. Aunque no tenía ningún inconveniente si querías pasear por las calles regias, Alfon. Sin embargo, ya tenías en la cabeza el semblante del Niñito Fidencio, y no hubo forma de ir primero a dejar nuestras cosas al hotel.

La entrada principal a Espinazo es por el otro lado, por la carretera de Monterrey a Monclova, pero no quise tardarme más tiempo, pensando en la posibilidad de llegar al hotel a buena hora y cenar.

El resplandor del mediodía se reflejaba en los banderines colgando a mitad de la calle, en los colores de los fieles que celebraban alguna festividad de la que no teníamos noticia. Sin embargo, a pesar de los colores y de la sensación de solemnidad, me pareció sentir una profunda tristeza, como si el pueblo entero estuviera de luto.

Las fiestas grandes en Espinazo, y para los fieles devotos al Niño Fidencio, se celebran en marzo y octubre. Era probable que nosotros, llegando en noviembre, percibiéramos una sensación de languidez, o incluso melancolía. Alfon, también lo notaste y me hiciste recordar algo que había escondido en algún rincón de mi cabeza: Isaura nos había advertido sobre el abandono del Niño. En Espinazo ya no se sentía el poder del santo.

La gente, especialmente las cajitas o materias, como se llamaban esas personas que aseguraban ser poseídas por el espíritu de José Fidencio Constantino Síntora, el Niño Fidencio, decían atisbar en el éter los rastros del Santo. «No era que se hubiera ido, sino que se ha hecho más selecto».

Puros cuentos, dijiste, Alfonsina, pensando en lo que nos había dicho nuestra amiga la tarotista. Ella nos esperaba, supe que para invitarnos a comer y enseñarnos el pueblo. Ella

no sabía con exactitud lo que ocurría contigo, Alfon, pero se hacía una idea. No necesitaste decirle nada para que se enterara de que un gusano negro carcomía tu cuerpo.

Isaura no fue difícil de encontrar. Ni siquiera fue necesaria una llamada. Se colmó la vista al vernos pasear como bobos por el Charquito donde Fidencio Constantino curaba a los afligidos. Algunos niños y cajitas se nos acercaron. ¿Qué queríamos? ¿Por qué andábamos mal, tan perdidos bajo la mirada de la Sierra Madre que permanece atenta como una serpiente de cascabel? Nos ofrecieron su ayuda y casi nos íbamos con una mujer de unos setenta años cuyo nombre no quiso decirnos. «La sustancia está en mí», dijo, pero entonces llegó Isaura y abrió las palmas y sonrió, a pesar de las aflicciones y del dolor.

Un abrazo que calma las dudas y una invitación a comer.

«No acostumbramos a devorar animales con la fruición del pecador, pero nos han hecho un regalo. Carnita asada será para los invitados».

Su casa, pequeña y deslucida como las demás en el pueblo, de un solo piso y pintada de anaranjado, nos esperaba como el puntal en el que sostendríamos nuestro fragor. Ahí dejamos las maletas y nos hicieron la invitación para quedarnos. Isaura vivía sola. La visitaban dos sobrinas que vivían en pueblos cercanos y también quienes necesitaban una lectura. Isaura no leía el tarot, o al menos no como lo habíamos imaginado. Guardaba una baraja cubierta por un paño blanco bordado con cruces de hilo dorado. Tenía dos maneras de leer, una más críptica que la otra. La primera era utilizada para asuntos espirituales de orden mayor, cuando una cajita venía con un requerimiento o duda. Entonces Isaura tomaba el mazo sin destaparlo y «veía» las cartas con las que hacía una tirada mental que resolvía como un consejo. Rara vez se equivocaba. La segunda era para asuntos mundanos, como el nuestro.

Esto nos lo dijo Isaura mientras comíamos en el patio, bajo la sombra de un alero y un viejo árbol que, ella decía, tenía

una conexión con el pirul del Niño Fidencio. Nos servimos dos veces. Me gustó verte así, Alfon, tan llena de vida, tan hambrienta.

Cuando terminamos, Isaura nos pasó unas tazas de peltre para servirnos café molido. Al dar el primer sorbo debió notar mi sorpresa porque la tarotista nos contó que le hacían regalos todo el tiempo, cosas como café veracruzano o colombiano, o regalos más misteriosos y peculiares, incluido el tarot que ella nunca había visto más que de esa forma, pues la manera de lectura consistía en una tirada en la que nunca volteaba las cartas, pero aun así las leía. Si el consultante tenía duda, podía ver discretamente la carta, apenas revelando el arcano que Isaura ya había leído. Por supuesto, no todos en Espinazo estaban conformes con que barajeara el tarot, pero se le daba cierta libertad mientras no leyera las cartas bocarriba.

La tirada de Alfonsina. No hay nada que me permita verte, como si llevaras un velo muy oscuro que ocultara tus ímpetus, tus proyecciones hacia el pasado y el futuro. En el primer intento, nada. A veces ocurría, especialmente con los consultantes dotados con ciertas «habilidades espirituales». Había dejado el mazo protegido por el pañuelo, sin desplegarlo. Realizó algunos movimientos sobre las cartas y volvió a intentar. Su rostro se convirtió en enojo y luego en piedra. Una tercera, con los arcanos desplegados sobre la mesa, boca abajo, y sus manos sobre ellos. «Nada, no veo nada», dijo y abrió los ojos en una señal de espanto y grave preocupación. Empezó a caminar de un lado al otro de su casa y rezó una oración inaudible. ¿Qué tenía Alfonsina? «Las cartas están negras. Alfonsina es una caja».

Isaura no era anciana, pero sufría de várices y su caminar era torpe. Allí, en ese instante, en todos los instantes, se produjo el primer acercamiento, el milagro. Le pediste que se acercara. Ella pensó que querías mostrarle algo de las cartas y se negó, pero volviste a pedirle que sus pasos la hicieran llegar hasta tus manos extendidas. Isaura cerró los ojos y de ellos

vimos salir lágrimas. Tocaste sus piernas por unos segundos y luego juntaste tus manos porque tenías algo entre los dedos, y se movía: una serpiente del desierto, de un negro tan brillante que parecía una joya móvil. Te levantaste para salir de la casa y aventar la serpiente fuera de los dominios de Isaura. Cuando el reptil chocó con el suelo se convirtió en tinta que fue evaporándose hasta desaparecer por completo. La tarotista estaba parada en el centro de su casa. Se estiró hasta tocar sus piernas e hizo unas cuantas flexiones. Las várices habían desaparecido.



«Esta no es la forma en la que cura el Niño Santo», dijeron algunos miembros de la Iglesia Fidencista Cristiana y de la Pentecostal. Después de curar a Isaura se amontonaron los dirigentes de todas las congregaciones de «cajitas». Isaura no sabe cuántos seguidores del Niño Fidencio existen en Espinazo que, además, puedan atraer el espíritu del Santo y poseerse de él para curar. El fin de la «cajita» o «materia» es el de seguir el legado de José Fidencio Constantino Síntora: curar a los enfermos, aliviar el dolor, las preocupaciones, alejar la oscuridad. Alfonsina es distinta porque cura sin el elemento místico apropiado. No está en su altar, no ha rezado pidiendo la intercesión del Santo ni tampoco que la posea. ¿Realmente conoce al Niño?, se preguntan, pero Isaura responde que Alfonsina ha impuesto sus manos y la ha curado, a ella y, al día siguiente, a dos personas más que se acercaron buscando el velo rasgado: una niña que sufría de algo parecido al párkinson y un hombre afligido por las cataratas.

«Tendremos que ponerla a prueba».

El viaje que pretendía ser de dos semanas se alargaba indefinidamente, pero a mí no me preocupaba. Me sentía feliz por ti. La paz que irradiabas, Alfonsina, era distinta, profunda. Salías de la casa de Isaura y el desierto se unía a ti. No era más

un paisaje ni un escenario para tus milagros, sino una criatura que latía en tí, que te daba sus poderes. Isaura tenía razón: el poder viene de la tierra.

Las siguientes reuniones trataron de aclarar la situación de Alfonsina. No me fue permitido entrar, pero tanto Isaura como Alfon me contaban lo que ocurría, la expresión sincera de las demás materias: el Niño Fidencio había dejado de manifestarse en ellos. Ni una sola de las cajitas, ni las más nuevas ni las de más tradición en Espinazo, sentían el poder curador, la paz espiritual que surgía del Santo Niño. Trataban, y a veces fingían, para salvaguardar las creencias de los pobladores y los visitantes. Que el Niño Fidencio no los poseyera no era culpa del santo, sino de las materias.

De entre los cursos de acción discutidos, entre ellos meses de penitencia, votos de silencio e incluso castigos corporales, o sesiones multitudinarias donde se harían misas extensas, de más de 24 horas para implorar al Niño Fidencio que regresara a Espinazo, dos fueron las más populares: pausar durante un año y un día las actividades de curación, dedicando todos los esfuerzos al rezo y al agradecimiento por todos los bienes concedidos, y el de preparar a Alfonsina como la «heredera legítima» del Niño Fidencio, esto propuesto por los seguidores y cajitas más humildes, quienes recordaron las últimas palabras del Santo: «Voy a regresar de la muerte, pero no van a saber en quién».

Si Alfonsina era la seguidora del Santo Niño, había que averiguarlo, y purificarla, prepararla para entender los misterios de la Gloria del Niño Fidencio.

Dudé. No podría negártelo, no a tí, Alfon. Pensé que este era el anuncio de nuestra ruptura. Por mucho que tratara de mover el cielo y la tierra por tí, los terrenos místicos me sobrepasaban. Incluso, durante algunas noches, quise preguntarte si realmente sentías la presencia de un santo en tu interior o solo era una coincidencia, el lodo de Espinazo, una alucinación... Quería salir de esto, volver a ver en tu mirada la misma

preocupación dulce, a la mujer que amaba y conocía, no a la mística. Y sin embargo te sentías bien. ¿Cómo quitarte de esta senda si realmente era tuya? ¿Desaparecería tu enfermedad? ¿Al fin la serpiente se había apartado de tu piel?

Quédate, me dijiste unos días después. No sé aún qué es lo que ocurre, pero siento la voz de un ser más blanco que la luz más pura, de una profundidad que debe asentarse en algún punto entre las estrellas, donde no hay calor ni frío ni sufrimiento ni éxtasis, solo pureza. Soy una mujer pura ahora, pero te quiero conmigo. Te necesito aquí, para no cansarme, para no flaquear.

Después dijiste: a menos que tú no lo desees, que esta carga sea demasiado para tí. No sé qué ocurrirá, pero la voz me habla de nosotros dos juntos. Y si tú estás de acuerdo, me gustaría que así fuera. Te amo. Aunque, repito, si tu camino está en otra parte, entonces dímelo y no te detendré.

Me sentí el ser más injusto, el hombre más egoísta de Espinazo, Nuevo León, del norte, del continente entero. Si este era tu camino, si te hacía bien, si al fin la enfermedad se iba, permanecería contigo. Por algo estábamos allí.

Las demás cajitas estuvieron de acuerdo: la voz del Niño Fidencio se había ido, pero tú la habías regresado; la diferencia estaba en que ahora tú eras la única «materia», el Santo solo hablaba a través de tí. ¿Quiénes eran ellos para cuestionar los designios de la santidad, de Dios, de los Poderes Más Allá del Velo? Ya no serían cajitas sino sacerdotes quienes te acompañarían también en tu camino y diseminarían tus palabras, las del Niño Fidencio saliendo a través de tí.



Yo también me preparé para entenderte mejor, para sostenerte incluso, para distinguir la voz del Santo Niño de la tuya. Comenzaste a trabajar por horarios. Preferiste la tarde y poco a poco fuiste recorriendo la hora porque en la oscuridad te